

EL AMIGO DE LA INFANCIA

AÑO LIX.

MADRID, 10 DE ABRIL DE 1932

NÚMERO 15



Cómo el Niño Jesús visitó al pequeño Uco

El sol enviaba sus rayos de un cielo azul, que se reflejaban en las olas del inmenso océano, y penetraban a través del agua verde, donde se deslizan silenciosamente los tiburones.

En la espuma del oleaje que choca-

ba contra las musgosas rocas en la costa del oeste del América del Sur, se formaban una multitud de arco iris con sus preciosos colores, que brillaban como esmeraldas y zafiros.

Menos suerte tenía el sol en la os-

cura selva, donde apenas podía penetrar un tembloroso rayito para descubrir el secreto de su verde crepúsculo. Espesas enredaderas y altas cañas de bambú y anchos helechos le cerraban la entrada. Una serpiente se deslizaba entre la maleza, la campanilla de púrpura (flor tropical) se mecía en las ramas de un árbol gigantesco. Los colibrís volaban con rapidez, brillando como los mismos rayos del sol. El silencio del crepúsculo de vez en cuando se interrumpía por el susurro de las palomas torcaces, o los feos chillidos de una bandada de papagayos que se elevaban.

En medio del bosque había una pequeña esplanada, donde la luz podía entrar de lleno. Los rayos se deslizaban sobre el tejado de una pequeña choza de barro, que se asomaba algo inclinada al tronco de un enorme laurel. Parecían acariciar el pelo enmarañado de un caballo, que pacía maneado cerca de la cabaña, y entraban curiosos por la puerta abierta de la mísera casita hasta muy adentro.

¿Y qué había allí?

Muchas veces estaba sentada en el suelo duro una anciana con largas y negras trenzas colgando, y ponía leña correosa sobre las llamas, dando vueltas al mismo tiempo con cuidado a un palo, en el que tenía pinchados papagayos y palomas para asarlos. Los hermosos ojos oscuros de un muchacho de unos siete años, solían seguir cada uno de sus movimientos, y se le veía que todos sus pensamientos se dirigían a la deliciosa comida que le esperaba.

Algunas veces ella estaba agachada

en el umbral de la puerta. Tenía al nietecito moreno entre sus rodillas, y con sus afilados dedos buscaba en su enmarañada cabeza algo que no debiera estar allí. Cerca de ella se apoyaban contra la bajada del tejado los largos palos de un sencillo telar, y los rayos del sol jugaban con los múltiples colores del tejido, en el que solían trabajar hora tras hora las incansables manos de la anciana.

Otras veces, el pequeño Uco era rey absoluto en su pequeño reino. Entonces la abuela ponía sus tejidos terminados sobre el caballo, le echaba una manta de lana y se marchó al trote, sentada como un hombre, para vender sus trabajos en la lejana aldea. Era una mujer gallarda con sus trenzas entrelazadas con cintas de muchos colores, y con sus grandes pendientes de plata que brillaban en sus oídos. Su pañuelo de pecho lo llevaba recogido con un gran alfiler de plata del tamaño de medio huevo de gallina. Cuando volvía, después de uno o dos días, traía en las caderas de su caballo cansado, sacos con mazorcas de maíz y trigo, que había cambiado por su género.

Fuera y dentro de la choza se desarrollaba entonces una gran actividad. Entre dos grandes piedras molían los granos, para hacer harina, y tenían un hoyo en la arena, calentado con lumbré, para hacer el pan tierno, que tenía un gusto exquisito. Algunas veces hacía la abuela un té sabroso, al que llaman los indios de Chile "Mate". Lo sorbían, con tubitos de plata, de unos cuencos de calabazas. El sol se

asomaba gustoso, porque paz y felicidad moraban bajo el modesto techo.

El invierno no se presentó tan benigno en estas comarcas de largo verano. Interminables torrentes de agua azotaban la tierra, y de las copas de los árboles sonaban lúgubres silbidos, cuando el huracán azotaba sus ramas. A pesar de esto los árboles permanecían verdes, hasta la flor resistía al temporal; pero no se podía salir de la cabaña, y solamente se veía a través del cristal la silueta del caballo mojado y tiritando.

En vano trataba de buscar protección de los torrentes de agua bajo los espesos arbustos de bambú. Cuando el huracán rugía demasiado, la abuela cogía al pequeño, para refugiarse al lecho de hojas secas y pieles, que estaba en un rincón de la choza, y se acurrucaba en él, tapándose con una mísera manta. Estos eran días oscuros y malos; pero como el tiempo de lluvias casi nunca duraba más que seis semanas, en el largo y caluroso verano se olvidaban pronto estas penas.

Una vez solamente le ocurrió al pequeño Uco una cosa de la que después de mucho tiempo se acordaba. En una noche muy oscura había acompañado a su abuela engalanada, para ir muy lejos a una fiesta. En el camino, al amanecer, encontraron unos ginetes con grandes espuelas de plata y alforjas de muchos colores. Pesadas carretas chirriaban a lo largo de la carretera, y al fin, después de atravesar grandes terrenos, vieron una grande extensión de tejados blancos, brillantes a la luz fuerte de la mañana. Era la

ciudad que celebraba su fiesta anual. Banderas de muchos colores ondeaban en el aire, que les traía el repique alegre de las campanas de las iglesias. Era la primera vez que el pequeño Uco oía las campanas de una iglesia. Era muy solemne para él, y con admiración miraban sus oscuros ojos el movimiento en la calle.

Cuando llegaron a la iglesia, donde



ya cientos de caballos esperaban con paciencia, se apeó la abuela y entró con otros muchos en la iglesia, pues era cristiana, y no olvidaba nunca de estar en las grandes fiestas de la Iglesia. También Uco había recibido con el Santo Bautismo la gracia, de ser un hijo de Dios, aunque después nadie había hablado con él del Amigo mejor de los niños. No había conocido nunca padre ni madre, y la anciana abuela era una

mujer bondadosa, pero muy callada. Con paciencia aguardó Uco, sentado en el caballo, hasta que por fin la abuela salió de la multitud, y montó otra vez sobre el animal. Felizmente, a Uco no le había parecido largo el tiempo. Con ojos radiantes había escuchado los acordes del órgano, y había admirado toda esta gran multitud que le rodeaba. Era un cuadro variado y lleno de vida. Música, banderas e imágenes ricamente adornadas, pasaban a su lado.

Uco vió la estatua de una mujer blanca y rubia, con manto azul y estrellado, llevando en sus brazos un precioso niño. Este niño tenía las manos levantadas; su dedo parecía llamarle o señalar hacia el cielo. Entonces Uco tocó a su abuela, preguntándola qué era este niño. Pero la anciana solamente dijo: María, madre de Dios. Entonces este niño precioso era hijo de Dios, y vivía allá arriba, en el cielo azul, por donde cruzaban las blancas nubecillas!

Luego su abuela le había señalado un hombre muy raro, que era el cacique de su tribu, los Araucarios. Era un hombre moreno, de mediana estatura, que llevaba como muestra de su categoría un sombrero de copa y en sus pies desnudos grandes espuelas de plata. A su lado marchaba su mujer, muy engalanada, a caballo.

Muy a menudo se había acordado Uco de este gran acontecimiento. La figura del precioso niño había impresionado mucho el alma infantil del pequeño indio.

(Continuará.)

* * *

Lo que puede una voluntad fuerte!

Un célebre autor nos cuenta en uno de sus libros de un pobre leñador que no tenía otro deseo que tener una casa propia. Con muchísimo trabajo y desvelos, en las noches de luna, al fin lo consiguió; y ya tenía hecha su casita. La mañana siguiente quería entrar a vivir allí. Aquella noche descargó una tormenta terrible, cayó una chispa y destrozó la casa. En pocas horas no quedaron más que los cimientos. Mudo de dolor miraba el pobre hombre la obra destructora de las llamas. Ya se había hecho carbón la última viga.

De repente, una nueva vida parecía despertarse en el hombre. Se acercó al sitio del desastre, y encendió su pipa en la última chispa. Después cogió azadón y pala.

—Bien—dijo—, entonces voy a empezar de nuevo. Lo quiero acabar y lo acabaré. ¡Adelante!

Y todavía ha podido vivir en su propia casa.

CHISTES Y COLMOS

En el "Metro" ferrocarril subterráneo).

Un viajero (entusiasmado): —¡Esto es civilización! ¡Esto es progreso!

El empleado: —No, señor. ¡Esto es Antón Martín! (una estación del "Metro" de Madrid.)

* * *

¿Cuál es el colmo de un violín?

Poner arcos al río Segura.